

Cultura de la perplejidad

Manuel Canales

Yo no busco, encuentro.
Picasso

La nuestra es una sociedad sin dirección. Crisis hegemónica, empate catastrófico de fuerzas, anomia, crisis "moral": categorías todas que, ya desde la historia, ya desde el "orden", plantean la pregunta por el descentramiento nacional¹. Los diversos agentes e instituciones capaces de articular interpelaciones reconocen hoy la debilidad e "inorganicidad" de sus intentos de propuestas.

Es posible que la tesis del "nuevo escenario"² haya sido apresurada: pero a la vuelta del boom, —a la vuelta del golpe— Chile no fue la historia y la memoria, sino la crisis.

La sociología puede intentar hoy la pregunta por la crisis. No puede evadirse en un intento descriptivo de una "realidad nacional" que es más una hipótesis que un "objeto".

Se trata de contribuir a la construcción de una imagen de país desde la crítica: de la crisis, de la delimitación demasiado temprana de lo "posible".

Chile hoy es la ausencia de sentidos comunes. Es la desinstitucionalización. Destrucción de recorridos y sentidos que han hecho de la práctica social algo inaprehensible para los actores y para nuestras propias categorías.

Es en este contexto, de crisis de sentido —de memoria, de identidad, de utopía—, donde nos parece situable históricamente la pregunta por la cultura nacional y por los sujetos que constituye. Cara y contracara de un mismo problema; la ausencia de sujetos, la descomposición ideológica: descentramiento histórico. La ausencia de líderes y la diseminación del "exceso", dan cuenta ambos de una misma génesis. Tal raíz común define el origen de nuestra pregunta.

Versión revisada de la ponencia presentada con el título *Sociología del discurso. Notas de trabajo* al Segundo Congreso Chileno de Sociología, Santiago de Chile, agosto de 1986.

(1) La problemática del descentramiento, puede verse en los trabajos de Hinkelammert, particularmente en sus estudios sobre el "subdesarrollo".

(2) La categoría "nuevo escenario", ocupó un lugar central en la reflexión chilena de las ciencias sociales a inicios de los ochenta. Puede verse en *Margen*, 1982.

Ausencia de liderazgo

El líder es un operador de un sujeto colectivo: representa. No es, ni su presencia ni su ausencia, analizable a nivel psicológico, sino en la disponibilidad de discursos colectivos. El liderazgo es un modo de aplicación de la intersubjetividad sobre las prácticas. Condensación de sentidos comunes para la explicitación de un discurso —un decir: esto somos— que define la capacidad comunicativa de un sujeto colectivo al conjunto de la sociedad.

El líder opera la "selección" y la "combinación"³ de proposiciones de sentido que se producen y reproducen antes en el sujeto colectivo al que "representa".

Entendido así, la carencia de liderazgo nacionales y de clase debe leerse como la incapacidad de la nación y de las clases para producir sentidos capaces de condensar en un líder, personal o institucional.

La producción de líderes se ve bloqueada por la descomposición de la memoria, de la identidad y de la utopía.

(3) Las categorías de "selección" y "combinación" provienen de la lingüística y han sido utilizadas por el psicoanálisis y la teoría de la ideología inspirada en autores marxistas.

Ausencia de proposiciones de sentido colectivo, ausencia de liderazgo: manifestación y genética de la crisis de identidad nacional.

Diseminación del exceso

Los discursos con que un sujeto se plantea y construye la visión de mundo, definen un mapa de prescripciones y proscipciones: un orden simbólico en que los sujetos se sujetan al orden fáctico.

Tales discursos se articulan sobre tres opciones o ejes, que definen lo permitido y lo prohibido, lo pensable y lo impensable, lo reconocido y por reconocer. En relación a estos ejes se define a su vez un juego de verdad-falsedad (cuyo terminal básico es el dispositivo lingüístico: los nombres), bueno-malo (la moral) y posible-imposible (la virtualidad utópica). Sobre estos ejes, el sujeto se construye como discurso sobre lo real.

El exceso, como recuerda Deleuze, es producto de una emergencia de las fuerzas contra el discurso. Allí donde la "sociológica" (la semantización de las fuerzas en sentido, la cultura) es sobrepasada por las fuerzas sociales y sus conflictos, hay palabras: es ab-

surdo, es un exceso.

La contracara del liderazgo -condensación de sentidos comunes- se define como la proliferación improcesable de los excesos (diseminación de las fuerzas contra el sentido).

El exceso es impredecible, es incodificable sino hasta su reelaboración desde los restos de memoria.

La "protesta", por ejemplo, es excesiva. Incodificable desde los archivos de la política. Allí ni hay mediación, ni cálculo. Hay inmediatez, cuya productividad se agota en la expresión⁴. Las evaluaciones posteriores, su discursivización -como argumento, como "nuestro" -le son en parte ajenas. No constituye un medio para el logro de un fin: es un acto que agota su sentido en el encuentro producido antes que la prohibición y la proscripción. Encuentro de radicalidades sin discurso.

La irrupción de la muerte sobre la política, es también, o al menos así nos obliga a leerlo nuestra memoria selectiva, excesiva.

Un desplazamiento sin dirección del límite: nunca se sabe hasta dónde correrá la línea de las muertes⁵; no es predecible por donde aparecerá: sólo sabemos de su lugar móvil, de su recorrido.

La recuperación y resituamiento de objetos simbólicos para conjurar este recorrido impredecible, constituye otro "exceso" difícil de aprehender. A la muerte de Jarlan, las velas coparon las calles de la ciudad. Las "jornadas por la vida" se hicieron con velas que daban el espectáculo de una plaza-de-armas alumbrada por el fuego controlado y al mismo tiempo diseminado. Es asumir que la muerte ya no es un acto privado: los velatorios "particulares" son sobredeterminados

(4) Para esta conceptualización de protesta, véase los estudios que componen el libro colectivo de Agurto, Canales, de la Maza: *Juventud chilena, razones y subversiones*; ECO-FOLICO-SEPADE, Santiago de Chile, 1985.

(5) Pueden consultarse los trabajos de Baudrillard *El intercambio simbólico de la muerte* y también *Crítica de la economía política del signo* donde se encuentra una definición del proceso ideológico como "reducción semiológica de lo simbólico" que se utiliza más adelante.

ahora por el símbolo del velatorio ciudadano.

Los ejemplos podrían extenderse hasta el exceso. Ya no como memoria, sino como "vivencia" que esboza caminos a su *discursivización*, pero no cuaja en códigos. Siempre vuelve el exceso: sólo la producción de sentidos comunes que permitan "ver" lo que ocurre hará retroceder el campo de lo que nos supera, para recuperarlo como "episodios nacionales". Hasta ahora, sólo silencio o grito: la palabra -los decires, los dichos- es un simulacro de poder que no realiza el orden. Al principio, hoy, fue la acción.

Una tercera dimensión de esta crisis de sentido, se manifiesta en la descomposición y la crítica a una auto imagen construida en otro tiempo histórico. Aquellas marcas identificatorias -Chile: ingleses de América Latina, país "culto", país "ordenado", país "institucional", país "decente" -comienza a mostrar sus vacíos. La pregunta por la crisis nacional y la crisis de sentido, lleva necesariamente a una crítica de la voz oficial de nuestra historia⁶.

En suma, crisis nacional y crisis de discursos, producen el efecto del descentramiento simbólico, de la debilidad ideológica: en esta crisis, se constituye la tensión por la identidad, por la cultura, por la historicidad.

Reencuentro con la diversidad

Las nuestras, culturas descentradas y resultantes de un encuentro inorgánico de matrices muy distantes, han desarrollado permanentemente una doble posición frente al discurso: por un lado, recitación de palabras dominantes; por otro, reescritura de palabra propia. La arquitectura ha mostrado, por ejemplo, los particulares modos en que el "modernismo" fue introducido a los patrones de construcción. La cultura campesina está ahí también, como otro modo de procesar discursos oficiales -la modernidad- desde un *ethos* marcado

(6) En este sentido, las investigaciones de Carpentier y de Octavio Paz.

por otros ejes de sentido. La estética, en general, muestra la indefinible hibridez de nuestro discurso: señala así nuestra incorporación reelaborada por lo ajeno. El "lenguaje" está lleno también de inflexiones criollas: ahí están los "nombres" de los locales comerciales de cualquier calle de Santiago, mezclando el lenguaje extraño, el normal y el propio. Todo en una sintagmática que se construye como secuencia de identidades alternativas y disponibles.

Muestran así su fracaso los esquemas "interpretativos" que clasifican a nuestras prácticas culturales a partir de tipos ideales. Ni "modernos", ni "tradicionales"⁷. Dominación teórica que ha operado como mecanismo básico de la ideología: la reducción semiológica de lo simbólico, operador que construye una estructura de significación en que uno de sus términos -el dominante- codifica al "otro" -el dominado- como ausencia de sí mismo, como pura negatividad. Nada sustantivo hay en la "tradición", simple contracara de los valores modernos para cada "variable patrón."

Abre entonces la pregunta por categorías historizadas, elaboradas para dar cuenta de una situación histórica que, por ser tal, es única. Aceptación ni relativista ni evolucionista, que permite el reencuentro con la diversidad.

Planteamos así que tras la crisis actual de sentido se manifiesta también una crisis histórica y permanente.

La irrupción del exceso permite preguntarse por las categorías anteriores, que codificaron quizás demasiado tempranamente un proceso social que hoy muestra sus desbordes⁸.

Búsqueda por tanto no sólo de las manifestaciones de la crisis, sino de las virtualidades de sentido que desde los sujetos sociales comienzan a desplegarse. No es posible

(7) Así, por ejemplo, los trabajos de DESAL.

(8) Ver los escritos de Mariano Picón Salas, en la década de los treinta; y también los artículos de Díaz Garcés de principios de siglo, donde hace la crítica del anglicismo emergente... a partir de la nostalgia por Andalucía.

reducir toda respuesta cultural o política de los dominados ni a la "marginalidad", ni a la "patología", ni menos aún al "refugio". Tal ocurre cuando se lee la crisis desde el orden, y se le diagnostica como "anomia".

Para nosotros en cambio, el descentramiento nacional actual hace visibles procesos de producción simbólica, de constitución de sujeto, que es preciso rescatar para la "planificación", para la acción social en el sentido de Touraine.

Y es que entendemos que la crisis no sólo es "nacional": el sujeto de la crisis no es único ni armónico. Concurren a la crisis sujetos parciales en conflicto: las clases sociales y los movimientos sociales. Algunos de ellos —como el proletariado urbano— con la debilidad que resulta de un fracaso histórico reciente. Otros, como los movimientos juveniles y de mujeres, con fortaleza creciente por su ausencia de memoria y su plasticidad y productividad ideológica. Con todo, el conflicto social y su contexto, la historia, es el lugar desde donde se puede leer no simple "evasión", sino también "producción".

Planteamos así un campo de investigación que intente recoger la especificidad cultural de nuestro país, desde el contexto de las contradicciones que resultan de: la inadecuación básica entre discursos disponibles y realidad social; y del conflicto de clases y de movimientos sociales, que se constituye como fuente de producción ideológica en la misma medida que las clases dominantes carecen de propuesta hegemónica.

Reconocimiento y evaluación

La proliferación de "encuestas" y de "historias de vida", en los límites metodológicos, recogen quizás esta tensión por la identidad. "Lo que piensan los chilenos", pregunta ya no de investigadores, sino de auditores de medios de comunicación masiva. Pregunta común.

Se trata de discutir, siquiera someramente, la aplicabilidad de técnicas como la encuesta para la recuperación de "opinión pública".

La encuesta, sea acompañada de

un índice o no, se constituye como un instrumento de captura de información que recorta lo real en dos direcciones:

a. paradigmáticamente: los temas y sus significados constitutivos de las preguntas, son sobre impuestos por la instancia investigadora. Se escucha sólo lo audible. Lo "inaudito" se pierde en la conversación descontrolada del encuestado, que circula más allá y más acá de la pregunta. El código reserva áreas de pertinencias en la respuesta, que al asegurar una masa de información, pierde una proposición de sentido.

b. sintagmáticamente: el orden de las preguntas, y su secuencia como cuestionario, impiden al sujeto encuestado circular por su "opinión". Los lugares y el recorrido de su "reflexión" le vienen prescritos por la hipótesis del investigador.

La encuesta, así, es particularmente útil para la captura de distribuciones estadísticas de valores ideológicos terminales. La respuesta a una encuesta sabemos, debe leerse como "respuesta, entre los valores que se indican, a la pregunta equis": no hay encadenamiento discursivo entre una pregunta y otra, no hay revelamiento de sentido.

Se sabe lo que ya conocíamos, o creíamos conocer: el sujeto no es re-conocido; sino simplemente es "evaluado".

De ahí que su pertinencia metodológica se limite a aquellas temáticas donde se puede hipotetizar perfecta sinonimia entre los terminales de la pregunta y las unidades de la respuesta: allí donde encuestador y encuestado constituyen partes de una misma comunidad de lengua.

Por lo mismo, su eficacia se incrementa a medida que la encuesta se aplica sobre operaciones del tipo "elección": la encuesta puede ser definida como un simulacro de "votaciones" y de ahí su éxito en las campañas pre-electorales. Sin embargo, su eficacia se reduce progresivamente cuando se aplica sobre "proposiciones de sentidos" no codificadas, o donde los códigos del encuestador y el encuestado no coinciden.

Tal nos parece la situación más frecuente en nuestro caso: la crisis de sentido no permite la contabilización de respuestas; exige la construcción de respuestas por los sujetos.

Ni paradigmáticamente ni sintagmáticamente, la sobreimposición del orden discursivo permite una reconstrucción de opinión pública nacional (por lo demás, la noción de "opinión pública", en estos casos, se lee básicamente como serie de opiniones privadas: lo público resulta de la operación estadística sobre propuestas discursivas privadas).

Caso extremo de esta incompreensión del sujeto que responde, se visualiza en las "interpretaciones" de resultados de encuestas aplicadas en estos últimos años. Aquella hipótesis, por ejemplo, que sostiene que "para los chilenos, es más importante el trabajo que la democracia", resulta de una lectura en falso de los resultados de una encuesta que pide jerarquías de prioridades —obliga a votar— y no recoge significados. Suspende, por ejemplo, la dimensión temporal del discurso, los "tempos" de la reflexión, la jerarquía sintagmática del discurso, etcétera. Todo se reduce a votar, sin conocer el significado de las alternativas. Se suspende también el agente que responde; en efecto, se olvida en la interpretación que el respondiente lo hace de manera privada-familiar, que es uno de los contextos comunicativos en que el sujeto se orienta prácticamente.

Grupo y biografía

En el extremo opuesto, reemplazando el respondiente individual por el grupo, y la respuesta por la producción de sentido, se encuentra el "grupo de discusión".

En este caso, no hay pregunta: hay búsqueda. Utilizando la tensión por construir grupo —esto es, la búsqueda del consenso—, se produce una elaboración discursiva sobre un tema. Es el grupo el que elabora el significado y el sentido de la temática; es el grupo el que, sobre un proceso de constitución en tal, recorre los sentidos disponibles sin

Escuelas y liceos: futuro de la municipalización

Iván Núñez

Ya es un hecho la "municipalización" de la totalidad de las escuelas y liceos que dependían del Ministerio de Educación. Pero los últimos trasposos despertaron una fuerte, aunque insuficiente, resistencia de docentes, estudiantes, padres de familia y de la mayoría de la población. El esquema impuesto carece del mínimo consenso en la sociedad como para arraigarse. Seguirá siendo objeto de discusión y de crítica y en el futuro régimen democrático se decidirá acerca de su continuidad; resta por saberse, si, entretanto, en alguna de sus seniles irracionalidades, el régimen militar no convierte la "municipalización" en abierta y franca "privatización". Conviene, pues, visualizar el posible destino final de la administración municipal de la enseñanza.

Hay importantes sectores en el magisterio y en las organizaciones de oposición que, en legítima reacción, postulan que el sistema escolar debe volver a la dependencia técnica y administrativa del Ministerio de Educación.

Llevados por una explicable dinámica de rechazo, dichos sectores, no consideran que —objetivamente— la administración centralizada del

gigantesco aparato público de educación ya había hecho crisis antes de 1973 y era el cuello de botella de la expansión y el cambio educativo. Parecen olvidar también que la lucha por la democracia no es sólo una opción contra la dictadura, sino también por una democracia más avanzada que la vigente hasta 1973: una democracia que supere el burocratismo y la uniformidad y que dé auténtica participación social en los asuntos públicos.

Pocos en la oposición de izquierda parecen recordar que el proyecto educacional allendista incluía una estructura de Consejos Regionales, Provinciales y Locales de Educación, y una propuesta de creación de "complejos educativos locales". Es decir, sostenía a la vez criterios de participación democrática y de descentralización.

Recogiendo la opción histórica y adaptándola a las condiciones creadas por el régimen militar, los socialistas recuperamos la idea de Sistema Nacional de Educación con fuerte responsabilidad del Estado en la formulación de objetivos, planificación del desarrollo educacional y aprobación de un currículo básico —destinado a dar unidad nacional a la

enseñanza— pero dejando amplio espacio a una programación didáctica regional y, o local. El Estado debe encargarse también de la obtención, asignación y distribución de los recursos para el funcionamiento de la educación.

En este marco, la ejecución misma de los procesos educativos debe ser recuperada por la sociedad civil organizada; concretamente, por entidades públicas autónomas, como lo fueron las universidades estatales, y por entidades privadas no lucrativas que acepten lealmente cooperar con la función educacional de la sociedad. Así, el sistema escolar público se daría una organización descentralizada y de administración participativa, en líneas generales de alcance comunal, en manos de órganos especializados de una Municipalidad democrática o de órganos de dirección educacional *ad-hoc* del tipo Consejo Local de Educación.

De esta manera se articularían los intereses generales de la sociedad y de sus mayorías, y las necesidades y aportes de las comunidades locales, evitando a la vez la fragmentación neo-liberal y la uniformidad y centralización estatolatras. (X)

orden previo ni recorridos discursivos prefijados.

El resultado, más allá del espejismo grupal que también resulta de esta producción de consenso, se constituye como una cadena discursiva, un texto.

El texto se define como un "sentido en producción": una serie de material significativo —unidades verbales— es legible como una propuesta de sentido. Tal propuesta de sentido define la clave de lectura de la acción discursiva grupal —la "isotopía"— y permite develar el proceso de construcción de un "lugar común", de un tópico, de un sentido común.

El análisis del texto no puede ser confundido con el "análisis de contenido". No hay acá trabajo esta-

dístico de los materiales significantes. Hay interpretación desde el proceso de producción de sentido presente en el texto. El texto proporciona las claves para su interpretación: el analista actúa como operador de esas claves, a partir de su condición de sujeto. Recordamos a Vico: sólo conoce el sujeto lo que él ha producido.

Otro material textual de gran utilidad para el reconocimiento de sentidos comunes, viene dado por los "discursos autobiográficos". En este caso, el sujeto actúa como un operador "reflexivo" sobre su curso biográfico. No debe ser confundida con la "historia de vida", que implica una "matriz" en que el curso biográfico va a constituirse.

La autobiografía, por el contra-

rio, y Dilthey fue quizás el primero en señalarlo, constituye el lugar para la construcción de un sentido. Todo el contenido en el texto.

Escuchar la perplejidad

En los períodos de crisis de sentido, nos parece recomendable la utilización de "técnicas de escucha" y no de técnicas de evaluación. No hay nada que evaluar: el exceso no es evaluable, el silencio no es evaluable, el grito no es evaluable.

Se trata de dotarnos de instrumentos que permitan la duplicación, para fines de investigación, de los procesos simbólicos de búsqueda que hoy vemos materializados como perplejidad. (X)